

MAR CARRIÓN

NADA

ES

LO QUE

parece



Capítulo 1

La calefacción central mantenía la atmósfera del *Cleveland Tribune* a una temperatura agradable, pero Zoe sudaba mientras recorría los pasillos de la redacción. La rabia había hecho morada en su estómago. Desde hacía casi veinticuatro horas reprimía el impulso de liarse a patadas con lo primero que pillara en su camino. Vio a Rebecca Munt moviendo los dedos frenéticamente sobre el teclado de su ordenador y deseó convertirla en el objeto de todas sus frustraciones. Era una persona muy pacífica, jamás se había metido en una pelea, pero Rebecca era una mujer odiosa y ella estaba muy cabreada.

Pasó de largo y saludó a algunos de sus compañeros mostrándoles una sonrisa forzada que no le llegó a los ojos. No contestó a sus preguntas, ya tendrían tiempo de enterarse de lo que le había sucedido. La mayoría eran buenos compañeros, en la redacción se respiraba un ambiente de camaradería que facilitaba el trabajo, pero, como en todos lados, en el *Cleveland Tribune* también tenían cabida los trepas, los lameculos y los que se alegraban de las desgracias ajenas. Allí tenían a dos, a Rebecca Munt y a Joseph Murray. En cuanto su fracaso llegara a sus oídos organizarían una fiesta.

Continuó el avance hacia la oficina del jefe de redacción sin detenerse, los pasos inseguros coreados por el ruido de los teclados. Tenía los nudillos blancos de tan fuerte como agarraba la correa de su bolso.

Intentó cuadrar los hombros frente a la puerta de Edward Crowley y contó hasta cinco. Solía contar hasta cinco cuando tenía que enfrentarse a un problema. Podría parecer una estupidez, pero a ella siempre le daba agallas.

Las primeras palabras de Crowley sonaron con su habitual aspereza.

—Pasa, pasa, no te quedes en la puerta. ¿Qué tal por tierras neoyorkinas? Espero ansioso el material jugoso que me traes. Vamos, siéntate.

El miedo hizo que la saliva se le atascara en la garganta al intentar tragar. Sentía un temblor fino en las manos mientras su jefe se rascaba la calva brillante y acomodaba sus más de cien kilos en su sillón giratorio. Los ojos castaños de mirada desabrida la vieron, invitándola a que hablara. Zoe sabía que en cuanto abriera la boca y lo pusiera al corriente de lo sucedido, sus grandes mofletes tornarían del blanco al rojo carmesí y la vena desinflada de su sien se hincharía hasta amenazar con reventar y llenarlo todo de sangre.

Suspiró y apoyó las palmas sudadas de las manos sobre el inicio de los muslos. Rehusó sentarse, si tenía que echar a correr llegaría antes a la puerta si se quedaba de pie. Se aclaró la garganta y lo soltó con rapidez. Siempre hablaba deprisa cuando estaba nerviosa.

—No he conseguido la entrevista.

—¿Que no has...? —Su entrecejo comenzó a fruncirse—. ¿Te puedes explicar?

—Por supuesto. Eden Peterson es una... *cría* mimada y consentida que se cree con el derecho de menospreciar el trabajo de los demás y de saltarse sus compromisos cuando le viene en gana.

—No eches balones fuera. Ya sabemos todos cómo es Eden Peterson. Lo único que me interesa saber es por qué estás aquí con las manos vacías.

Ahí estaba. El tono rubicundo de sus mejillas ganando furor.

—¿Que por qué? Pues porque a pesar de que mantuve una charla muy airada con el jefe de prensa de Eden y la seguridad del Hilton estuvo a punto de ponerme de patitas en la calle, no conseguí que la *gran* estrella saliera de la cama del tío con el que pasó la noche para cumplir con sus compromisos con la prensa. —Notando que se exaltaba, respiró profundo y prosiguió—. Hice todo lo que pude. Solo me faltó entrar en la habitación e interrogarla mientras mantenía relaciones sexuales.

Lo miró con ojos suplicantes, pero la vena de la sien de Crowley comenzó a hincharse como un zepelín.

—¿La seguridad del Hilton estuvo a punto de ponerte de patitas en la calle? —Su mirada entornada le puso los pelos de punta.

—Es un decir. —Se encogió de hombros, no iba a relatarle con pelos y señales sus peripecias para conseguir que Eden la recibiera—. Me refiero a que hice todo lo humanamente posible, pero su séquito la tiene tan protegida que no cuestiona su falta de profesionalidad. Estoy... furiosa —masculló con los labios tensos.

—Qué puñetero desastre. —Crowley se pasó una mano por la calva y se la frotó con sus dedos gordos como salchichas—. ¿Cómo demonios vamos a reparar esta catástrofe? ¿Con qué rellenos ahora los contenidos? —Echó un vistazo agitado a su reloj de pulsera—. ¡Faltan cuatro horas para pasar por imprenta!

—Me ocuparé de todo. Echaré mano de mis fuentes y conseguiré una entrevista con algún actor local. Samantha Perkins gana cada día en popularidad. Tal vez, no se encuentre en la ciudad, pero puedo telefonar a su agente y entrevistarme con ella telefónicamente. —Procuró que su voz sonara animosa, pero el semblante de Crowley se revenía por segundos.

—¿Samantha Perkins? ¿Cómo vamos a conformarnos con la guinda cuando hemos tenido la ocasión de disfrutar del pastel entero? No quiero a Perkins, ¡joder! Prometiste una entrevista con Peterson y deposité toda mi confianza en ti. Pero la has cagado. ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora?

Zoe se mordió los labios antes de responder con tiento.

—¿Permitirme que repare la situación? Ya sé que Perkins no está al nivel de Peterson, pero aquí en Cleveland es muy querida. —La decepción asolaba los rasgos de Crowley y, presumiendo que andaba en la cuerda floja, Zoe se apresuró en convencerlo de su valía—. Hay famosos mucho más interesantes que Eden, removeré cielo y tierra para entrevistarme con alguno. Yo... siempre consigo lo que quiero.

«¡No titubees!».

—Necesito pensar. Me harías un grato favor si te largaras de mi despacho y te tomaras la tarde libre.

—Así que... ¿no quiere a Samantha?

—No, joder. ¡Claro que no! —Apoyó sus grandes manazas sobre la superficie de la mesa y se puso en pie. Los botones de su camisa a punto de reventar—. Desaparece, ¡vamos!

Las piernas se le aflojaron como espaguetis cocidos. No podía marcharse de allí con la incertidumbre de un despido pendiendo sobre su cabeza. No hacía mucho que trabajaba en el *Cleveland Tribune* —seis meses, una semana y cuatro días—, pero conocía lo suficiente al editor jefe como para temerse lo peor. Nunca lo había visto tan enfurecido.

Crowley abrió la puerta de un tirón y la invitó a que lo precediera. Algunas cabezas se alzaron de las pantallas de sus ordenadores para centrar la atención en ambos.

—¡Sophia! —gritó Crowley. Su compañera de la sección de cultura alzó los ojos castaños y los fijó en el editor jefe—. Reúnete conmigo de inmediato.

Zoe sintió que se reducía a la mitad. Todas las miradas estaban clavadas en ella y todas parecían estar preguntándole: «¿Qué has hecho para cabrear así a Crowley?».

Cuadró los hombros y se aferró a su dignidad mientras cruzaba la redacción. Al pasar junto a la mesa de Rebecca, su sonrisa burlesca le calentó tanto la sangre que el pequeño diablo —o no tan pequeño— que anidaba en su interior se hizo cargo de la situación. Zoe quiso detenerlo, pero no pudo, ¡era muy rápido e impulsivo! Fingió una torcedura de tobillo y golpeó premeditadamente el vaso de plástico que Rebecca tenía encima de la mesa. El agua se derramó sobre ella y le empapó parte del pecho y del regazo. La fina tela de su suéter blanco se le adhirió a la piel y evidenció que no llevaba sujetador. El pezón oscuro se dejó ver, fruncido y despuntado contra la lana barata.

—¡Oh, Dios mío! Cuánto lo siento. —Zoe colocó el vaso vacío en la posición correcta y apretó los dientes para evitar una carcajada—. Estos zapatos nuevos me están matando, no consigo dominar los tacones.

Rebecca la observaba con una mirada fulminante que se acentuó al escuchar las risitas de algunos de sus compañeros.

—Lo has hecho adrede —la acusó.

—¿Yo? Pero ¿qué dices? En serio, nunca compré zapatos de tacón en esa tienda que hay a dos manzanas de aquí, en la calle diecisiete.

Aquella pequeña venganza hizo aflorar una exigua sonrisa a sus labios mientras se dirigía a la zona de ascensores, pero en cuanto puso los pies en la calle y contempló el triste paisaje invernal, los diferentes tonos de grises se le colaron en el alma y su humor cayó en picado.

Durante esos seis meses había visto entrar y salir a un gran número de reporteros y periodistas que no habían cumplido con las exigencias de Edward Crowley. Por motivos menos impor-

tantes que el suyo los había puesto de patitas en la calle. Zoe no quería perder ese empleo, era el mejor que había tenido nunca. Todos los pasos que había dado desde que se licenciara en la Universidad estatal habían estado encaminados a trabajar en un periódico de tanto prestigio como el *Cleveland Tribune*. Y ahora su futuro como redactora de la sección de cultura estaba a punto de irse al garete por culpa de la maldita Eden Peterson. Esperaba que, al menos, hubiera echado una sucesión de malos polvos con el maldito Nick Rayner.

Se ajustó la bufanda alrededor del cuello, metió las manos en los bolsillos de su abrigo y se quedó mirando su Honda Scoopy. ¿Volvería a estacionarla alguna vez allí? No podía regresar a casa con aquel humor de perros o lo pagaría con quien menos se lo merecía. Aunque, por otro lado, no estaría tan mal... Echó a andar en dirección a la calle veintiuno, donde se hallaba el café Phoenix. Sabía que una infusión relajante le vendría bien y, de paso, le aquietaría los nervios para enfrentarse a lo que le aguardaba en casa.

En cada intersección, el viento húmedo y gélido que soplaba desde el lago Erie la hacía tiritar, aunque no solo temblaba de frío. También de rabia. ¡Qué situación tan injusta!

Se demoró tras las diáfanas cristaleras de la cafetería hasta que empezó a oscurecer. El trayecto hasta casa era corto. Residía en un apartamento en la avenida Chester, frente a la plaza Perk. Era una vivienda pequeña y ruidosa, pero, al menos, era soleada y el alquiler era bastante barato en comparación con otras de la zona. Era todo cuanto podía permitirse. Sus ahorros de los últimos años se los había quedado su madre con sus constantes entradas y salidas de las clínicas.

Se encaramó a la motocicleta, se colocó el casco y salió a la calzada. A los pocos minutos abrió la puerta de casa y las risitas de la nueva chica de su hermano le dieron la bienvenida. Zoe puso

los ojos en blanco al tiempo que cerraba la puerta con el tacón de la bota.

Habían acampado en su salón. Aidan y Lorraine se hallaban repantigados en su sofá, con los pies apoyados en su mesa de café repleta de envases vacíos de comida china. Se estaban devorando la boca mientras la televisión emitía un documental sobre astronomía al que no le prestaban la menor atención.

Carraspeó tan fuerte que se hizo daño en la garganta. Ambos levantaron la cabeza y la miraron con sorpresa.

—¡Zoe! No te habíamos escuchado llegar. ¿No deberías estar trabajando? —le preguntó Aidan, sin apenas inmutarse.

—Me he tomado la tarde libre. —Soltó el bolso sobre el sillón orejero —el mobiliario de aquella casa no era excesivamente moderno—, y se quitó el abrigo—. ¿Podrías retirar los pies de la mesa si no es mucha molestia?

La joven obedeció de inmediato. Aidan se tomó su tiempo.

—Pareces cabreada, estás a punto de echar humo por las orejas. ¿Ha ocurrido algo?

—Y de paso, estaría bien que recogierais todos esos envases vacíos y los depositarais en el cubo de la basura.

Zoe se dirigió a la cocina. Escuchó los pasos de su hermano a su espalda.

—¿Qué mosca te ha picado? Tú no sueles ser tan borde. —Aidan rodeó la isleta y se colocó delante de ella mientras Zoe se servía un vaso de agua—. Creo que deberías disculparte con... —Se detuvo como si hubiera olvidado su nombre— con Lorraine. Esta no es forma de tratar a una invitada.

—Oh, por favor. —Puso los ojos en blanco y se llevó el vaso a los labios—. No te importa lo más mínimo cómo trate o deje de tratar a esa chica. ¿Cuántas van ya en el último año? He perdido la cuenta, pero Lorraine debe de ser la número... ¿diez?

—En realidad, ella es mi número doce.

Zoe meneó la cabeza y dejó el vaso vacío sobre el fregadero. Levantó la vista para mirar a su hermano de frente. Pese a todo lo que no le gustaba de él, y eran bastantes cosas, lo adoraba. Él era todo cuanto tenía. Lo veía esporádicamente cuando aparecía por Cleveland de visita y se quedaba unos días en su apartamento. Pero no era suficiente, menos todavía cuando se traía a alguno de esos ligues que no llegaban a ningún sitio. Sentía que estaba enfadada con él de manera permanente por haber elegido un estilo de vida tan nómada, despreocupada e irresponsable.

—Pues esa tía será la última que conozca. No quiero que traigas a más chicas a casa, a no ser que algún día decidas entablar con alguna de ellas una relación seria y madura.

—Vaya, sí que estás cabreada —murmuró con incipiente deje burlón—. ¿Problemas en el trabajo? Tú no sueles tomarte un minuto libre ni aunque te lo ordene el médico. ¿Me cuentas qué ha pasado? —Agarró una manzana del frutero y le dio un bocado.

—No me apetece hablar de eso. Voy a tomar algo ligero y me iré a la cama pronto.

—No es bueno para la salud irse a la cama enfadada.

Aidan le dio un toquecito en el hombro para ablandarla mientras sus ojos oscuros, tan parecidos a los suyos, le sonreían desde arriba con ese aire embaucador que tan infalible le resultaba con todo el mundo con el que trataba. Incluida ella.

Zoe aflojó la tensión y cargó el peso de un pie a otro.

—Hablamos mañana, ¿vale? He tenido un día de mierda y no me apetece sacar el tema. Intentad no hacer demasiado ruido, ¿de acuerdo? —Le arrebató la manzana y le dio un bocado antes de devolvérsela.

Apagó la luz del dormitorio cuando sintió que los párpados le pesaban como losas y las letras de la novela que descansaba sobre su regazo se desenfocaban. Sin embargo, una vez a oscuras y hecha un ovillo bajo el grueso edredón, le costó conciliar el sueño.

El día siguiente sería decisivo en su futuro laboral y las preocupaciones se le soldaban al estómago formándole un nudo angustioso. Se desveló por completo cuando los murmullos de éxtasis de la pareja que ocupaba la otra habitación traspasaron los endeble muros y resonaron en su dormitorio.

«¿Estaban...?».

«¡Y tanto que sí!». Agarró la almohada con gesto furioso y se la aplastó contra la cara, pero los gemidos crecieron y también atravesaron la espuma viscoelástica que le servía de amortiguador.

—Joder... Lo que me faltaba —murmuró impotente.

Las mujeres adoraban a Aidan y él adoraba a las mujeres. Se pegaban a él como las moscas a esas cintas adhesivas en las que quedaban atrapadas. Tenía un atractivo irresistible, un cuerpo de infarto y una habilidad innata para seducir al sexo opuesto. El problema es que luego se deshacía de ellas y les rompía el corazón. Una vez, hacía muchos años, se lo habían roto a él, y desde entonces parecía que la única forma de resarcirse era ocasionando el mismo daño que le habían hecho a él.

Los gemidos de Lorraine se acentuaron al compás de su desesperación. Una de dos: o Aidan era un amante de matrícula de honor o la chica era una exagerada.

Aunque hacía más de un año que no mantenía relaciones sexuales tampoco las echaba de menos, pero después de la velada con Nick Rayner... Si se hubiera ido a la cama con él ahora no estaría muerta de envidia, tendría su entrevista con Peterson y Crowley no andaría pensando en despedirla.

¡Qué imbécil había sido!

Cansada de que aquello no pareciera tener fin, Zoe dio unos golpecitos con los nudillos en la pared, por encima del cabezal de la cama, y los sonidos de placer menguaron.

Abandonó el apartamento por la mañana. Ni siquiera desayunó. Se dio una ducha, se vistió y salió temprano para evitar cruzarse con sus invitados. Le daba vergüenza que supieran que los había escuchado, aunque a ellos seguro que les importaba un pimiento.

Como todavía era demasiado pronto para acudir a la redacción, cruzó las sombras azuladas de la ciudad en su Honda Scoopy hacia la cafetería Phoenix. Los primeros clientes ya disfrutaban de un copioso desayuno especialidad de la casa, pero Zoe solo pidió un café y un par de tostadas aderezadas con mermelada. El periódico de la competencia, el *The Cleveland Post*, ocupaba un tercio de su mesa. Mientras le servían fue hojeando las páginas con desinterés, aunque no estaba en situación de menospreciarlo, pues lo mismo tenía que llamar a sus puertas para pedirles trabajo.

Paladeó las tostadas y saboreó el café con lentitud. Sus dedos pasaban las hojas sin prestar atención, ya que su mente estaba centrada en la conversación pendiente con Crowley. Sin embargo, cuando llegó a la sección de cultura, la resplandeciente sonrisa de Eden Peterson le hizo dar un respingo sobre la silla. Se inclinó sobre el periódico hasta hincarse el canto de la mesa en el estómago. La información le llegó en tromba.

Tenía delante de las narices una entrevista que ocupaba dos páginas y que había sido hecha en el hotel Hilton de Time Square por un periodista que se llamaba... Nick Rayner. Deslizó la mirada hacia la pequeña fotografía que había a pie de página junto a su nombre, y el café se le subió a la garganta.

—No puede ser cierto —murmuró con la voz ahogada.

Durante algunos segundos, paseó una mirada rápida y desesperada por el conjunto de letras, hasta que alzó la cabeza como si la tinta negra fuera a dejarla ciega. Una mezcla de rabia y desolación la hicieron temblar como si un terremoto estuviera asolando la ciudad.

¡Menudo desgraciado!

«Cerdo, malnacido, hijo de...».

—...puta —soltó la palabra como un proyectil.

Aquello no iba a terminar así. ¡Desde luego que no! Aquel miserable se iba a enterar de quien era Zoe Carpenter.

Hizo el camino hacia la redacción con el piloto automático encendido, así que tuvo suerte de llegar ilesa. Fue incapaz de centrarse en las señales de circulación, en los verdes y rojos de los semáforos, o en los vehículos que circulaban a toda prisa en la hora punta. Sus pensamientos estaban anclados en Nick Rayner y en la manera despreciable con que había hecho uso de sus encantos masculinos para pisotearla después como si fuera una cucaracha. Que Eden Peterson menospreciara a la prensa era insultante, pero que lo hiciera un compañero de la profesión... Eso era incalificable.

¡Cómo se había reído de ella!

Apretó los puños de su Honda, aceleró un poco e hizo un giro temerario mientras la lluvia fina le enfriaba el rostro ardiente y le mojaba las pestañas. Se había quedado obnubilada con sus miradas magnéticas y con sus medias sonrisas, y los huesos se le habían vuelto de gelatina cuando él pasó a otra fase; pero, mientras eso sucedía, Nick Rayner ya tenía planes de despedazarla profesionalmente.

Se saltó un semáforo en rojo al tomar la avenida Lakeside y un coche que circulaba por la calle perpendicular le lanzó una estruendosa cadena de bocinazos. A Zoe se le subió el corazón a la garganta. El ruido estridente la sobresaltó tanto que estuvo a punto de mostrarle al conductor el dedo corazón.

Rebecca y Joseph siempre eran los primeros en llegar a redacción. El resto de sus compañeros solían hacer bromas sobre las aspiraciones de aquellos dos de heredar el periódico. Le lanzaron miradas suspicaces mientras se dirigía a su mesa, pero ella las ignoró. Dedicó los primeros minutos a revisar sus correos, hasta

que escuchó a su espalda las inconfundibles pisadas perezosas de Crowley, como si arrastrara los pies. Se puso tensa de inmediato, pero él no le dijo que lo siguiera a su despacho. Por el contrario, se encerró en él, y la siguiente media hora se le hizo eterna. Se sentía como en el interior de una olla a presión que fuera a reventar en cualquier momento.

No iba mal encaminada. Dejó de teclear cuando la puerta se abrió de manera abrupta y el rubicundo rostro de Crowley surgió al otro lado del umbral. Parecía una fiera a punto de abalanzarse sobre su presa. Y la presa era ella.

—¡Carpenter! A mi despacho —rugió.

La visión de sí misma metiendo sus pertenencias en una caja de cartón fue todo lo que vio mientras se dirigía hacia el final de su carrera periodística en el *Cleveland Tribune*. Entró en el despacho de su superior aguantando la respiración. Sobre su mesa, de cara a la silla de las visitas, el *The Cleveland Post* estaba abierto de par en par por la sección de cultura.

Empezaba a odiar la sonrisa de Eden Peterson y todo lo referente a ella. No volvería a ver ninguna película suya.

—¡Qué diablos es esto! —Crowley apuntó el periódico con un dedo y Zoe cerró la puerta para amortiguar sus gritos.

—Un periodista que no tiene ni idea de lo que significa la palabra ética profesional.

Intentó que su voz sonara conciliadora, sazónada con una pizca de sumisión para agradarle y suavizar el monumental cabreo que desorbitaba sus ojos de sapo, pero eso a él no le gustó.

—¿Te estás haciendo la listilla conmigo? Me importa una mierda quién sea este tío que firma la entrevista. Lo único que me interesa saber es por qué está publicada por la competencia en lugar de ocupar nuestras páginas.

Crowley le estaba agotando la paciencia a pasos agigantados. Ya no se le ocurrían argumentos para explicar lo ocurrido. Él

exigía de ella el cien por cien y no aceptaba errores, aunque dichos errores estuvieran fuera de su control, así que se desprendió del tono conciliador y apretó los labios. De todas formas, seguro que ya estaba todo perdido.

—Se lo dije ayer. El jefe de prensa canceló la entrevista sin posibilidad de negociación. Se inventó que la actriz sufría una gastroenteritis cuando, en realidad, estaba metida en la cama con ese tal Rayner. El resto de la historia está escrita en esas páginas.

—¿Y eso es todo lo que vas a decir en tu defensa? ¿Justificas lo sucedido recurriendo a líos de faldas? —Puso cara de asco.

—Es lo que ocurrió.

—Perfecto. Pues ahora voy a decirte yo a ti lo que ocurrirá a continuación.

Crowley metió sus manos gordas y peludas en el archivador que había sobre su mesa y rebuscó entre sus papeles, lamiéndose las yemas de los dedos para pasar mejor las hojas. Impertérrita, aunque con el corazón a mil, Zoe luchó porque los hombros no se le desplomaran. Pensó en ponerse de rodillas y suplicarle que no la despidiera, pero si alguna vez perdía su dignidad ante alguien, desde luego, no sería ante el estúpido de Crowley.

Su jefe colocó una serie de papeles encima del periódico, dando un manotazo contra la madera. Luego arrojó un bolígrafo sobre ellos.

—Carpenter, estás despedida.

¡Dios! Qué daño le hicieron aquellas palabras.

—Comete usted un terrible error.

—¿En serio? Pues asumiré las consecuencias. Eres una periodista espabilada, Carpenter, pero la has cagado hasta las cejas.

—No fue culpa mía.

—Siempre es culpa nuestra. Te servirá de aprendizaje para la próxima ocasión en que te tiendan una trampa. Aquí ya no hay cabida para ti. Debemos de ser el hazmerreír del puñetero *Post*.

Se dio la vuelta y se atusó los pelos malos que se le ensortijaban en la nuca y que llevaba impregnados de gomina. Al menos, había dejado de cruzárselos de un lado a otro de la cabeza para cubrirse la calva.

Le habría gustado preguntarle qué habría hecho él en su situación, pero no quería recibir más lecciones inservibles de quien se creía el mejor en su trabajo. Era muy fácil hablar desde la barrera.

Zoe agarró el bolígrafo, se inclinó y estampó su firma.

Capítulo 2

Cuarenta y ocho horas antes...

El taxi se detuvo frente al hotel Hilton en Time Square. Tras pagar al taxista y apearse del vehículo, se tomó un momento para admirar el corazón de Manhattan. No era la primera vez que visitaba Nueva York, pero siempre le impresionaba todo aquel despliegue de publicidad luminosa que brillaba en la noche cerrada.

Se dirigió hacia el letrero azul de la entrada y accedió al enorme vestíbulo decorado con elegantes tonalidades de marfil y moka. Nunca se había hospedado en un hotel con tanta clase como el Hilton, ya que el presupuesto para desplazamientos en sus anteriores empleos no permitía tales lujos. También era la primera vez que había volado en un avión en primera clase, el *Cleveland Tribune* nunca hacía viajar a sus empleados en turista. Ahora que se encontraba allí, y aunque le daba igual pernoctar en un motel que en un hotel de cinco estrellas, sonrió ante la evidencia de que había prosperado profesionalmente.

El *Cleveland Tribune* era el periódico más importante de Cleveland y ella era una de las dos periodistas que se encargaban de la

sección cultural. No era su sección favorita, ella se había curtido en sucesos, pero sí era el mejor empleo que había tenido nunca.

Localizó el área de recepción y tiró de su pequeña maleta con ruedas, la que siempre utilizaba para viajes relámpago. El entusiasmo navegaba a toda velocidad por sus venas mientras se registraba y mostraba al recepcionista su acreditación especial como periodista.

Sí, estaba entusiasmada por haber conseguido una entrevista con Eden Peterson. A sus veintisiete años, la actriz había logrado que sus tres últimas películas se mantuvieran en los diez primeros puestos del *box office* durante varias semanas consecutivas, y que las recaudaciones en taquilla triplicaran las cifras previstas.

Eden era la actriz de moda. En opinión de Zoe, no andaba sobrada de talento interpretativo y tampoco de inteligencia, pero, por alguna razón que no comprendía —al margen de sus largas piernas, su frondosa melena rubia y sus ojos verdes que cautivaban desde la gran pantalla—, se había convertido en un filón con el que todos los directores de cine querían trabajar.

A la que todos los periodistas querían entrevistar.

Un botones con unos dientes muy blancos y ademanes amenerados se encargó de transportar su maleta. Durante el ascenso en el elegante ascensor, Zoe se mordió los labios para contener esa permanente sonrisa de satisfacción que, seguramente, llamaba la atención de los demás. La gente siempre pensaba mal de las personas que se reían solas.

Por encima del hombro del botones echó un vistazo al panel de control, donde los números de las sucesivas plantas pasaban raudos hacia la treinta y nueve, donde ella se hospedaba, aunque apenas se notaba el movimiento. Entonces, miró por el rabillo del ojo al hombre alto que había a su lado. Lo había saludado al entrar, pero volvió a mirarlo de soslayo para comprobar si era tan atractivo como le había parecido hacía un momento. Retiró la mirada repentinamente cuando él giró la cabeza y sus pupilas coincidieron.

Sí, sí que era guapo.

—¿Un buen día? —preguntó el extraño, que sin duda había reparado en su sonrisa permanente.

Zoe levantó la cabeza para responderle. Ella no llegaba al metro sesenta y él sobrepasaba el metro ochenta.

—Mañana será un gran día —respondió con amabilidad, con un ligero coqueteo que hasta a ella le sorprendió. Él tenía unos ojos tan azules y una mirada tan sexy que temió ponerse colorada—. Motivos profesionales.

—Periodista, ¿verdad? —Ella enarcó las cejas—. La mitad de los huéspedes que se hospedan en el hotel están aquí para entrevistar a esa actriz tan popular.

—Ah, ¿sí? ¿Y tú también estás aquí por ese motivo?

—Yo... En realidad, no. Pertenezco al gremio, pero el medio para el que trabajo ha quedado excluido en esta ocasión, aunque siendo sincero, prefiero entrevistarme con Josh Martin que con Eden Peterson. Dicen que es bastante borde.

¡Josh Martin! A Zoe también le hubiera encantado entrevistarle. Era el protagonista de una serie de televisión de la ABC que estaba batiendo récords de audiencia. No se perdía ni un capítulo.

—Me encanta Josh Martin.

—Dicen que es tan buen tipo como el personaje que interpreta en la serie.

El periodista metió las manos en los bolsillos de su cazadora de piel y a Zoe le llegó el olor a cuero mezclado con el suave aroma a jabón masculino. Había algo inquietante en él. Suponía que se trataba de su descarado atractivo sexual. Llevaba el pelo oscuro demasiado largo, le cubría la nuca y las orejas, y una barba oscura y descuidada le ensombrecía las mejillas y la mandíbula cuadrada. ¡Qué bueno estaba! Él le dedicó una media sonrisa cuando el ascensor se detuvo en la planta treinta y nueve, y el botones se preparó para salir tirando de su maleta.

—Suerte mañana con la entrevista —le deseó Zoe desde el umbral.

—Lo mismo digo. —La sonrisa le llegó a la mirada.

Las puertas del ascensor se cerraron y Zoe emitió un ligero suspiro mientras echaba a andar por el corredor. El botones debió de leerle los pensamientos, ya que rompió su distanciamiento profesional para comentar:

—No es solo cosa suya. Cada vez que me quedo encerrado con él en el ascensor me vuelvo loco. Hace que a uno se le llene la cabeza de las fantasías más sucias, retorcidas y depravadas. —A Zoe se le escapó una carcajada—. Si se le ocurre comentarle a alguien lo que acabo de confesarle, tenga por seguro que lo negaré.

—Descuide. —Cabeceó—. Soy una tumba.

Su habitación no era una *suite*, pero poseía todos los lujos y comodidades que cabía esperar de un hotel como el Hilton. El marfil y el moka continuaban siendo los colores estrella en el interior de las habitaciones. En cuanto el singular botones desapareció, Zoe se dejó caer sobre el colchón para probar lo cómodo que era. Después descorrió las tupidas cortinas para echar un vistazo al exterior. Era una gozada alojarse en pleno Time Square.

Algunos minutos después, mientras el agua caliente y el gel con olor a frambuesas se deslizaban por su cuerpo, hizo un rápido repaso mental al trabajo del día siguiente. Apenas había tenido tiempo de prepararlo, dada la rapidez con la que se había anunciado la visita promocional de Peterson, y por eso bajó al restaurante con la *tablet* en el interior del bolso.

En el restaurante del Hilton se respiraba un ambiente familiar, como a redacción de periódico. Profesionales de todos los países y medios copaban las elegantes mesas, y las distintas lenguas de las diferentes nacionalidades se mezclaban en el aire como los aromas a comida. Zoe pidió la ensalada y el filete de salmón y, entre bocado y bocado, se entretuvo en repasar sus apuntes.